

LAS CRISIS ESPAÑOLAS

ES un lugar común de los españoles —dirigentes o simples hombres de a pie— afirmar que estamos en plena crisis.

Crisis económica, demostrada por el creciente número de empresas que se hunden o que están a punto de colapso, y por el paro que aumenta de forma vertiginosa, no sólo en los números oficiales, sino en la casi doble realidad, si se suma sobre todo el ingente número de jóvenes que no llegan fácilmente a trabajar por primera vez.

Crisis política de un país que navega al páiro, porque la nave carece de dirigentes que sepan comprometerse claramente en una línea, y el timón va casi loco sin capitán que lo gobierne. Y quienes contemplan el panorama carecen de fuerza o de visión para darse cuenta de que todos nos hundimos con la nave. Y nada digamos de la crisis internacional, que los menos pesimistas sufren de fuerte preocupación por la guerra fría creciente que puede conducir a una guerra caliente de insospechadas consecuencias.

Crisis cultural, que se manifiesta en la pobreza del lenguaje corriente cada vez más falto de vocabulario y, por tanto, de ideas. Pobreza producida por el poco nivel de las publicaciones, la desgana por la lectura a que induce la televisión y la tentación de pasotismo o de desencanto pasivo creciente que invaden así nuestras mentes.

Crisis religiosa después de los fogonazos conciliares y posconciliares que se han quedado apagados, como si fuesen pasajeros fuegos artificiales que encandilan la vista breves momentos para sumirnos después en mayor oscuridad que antes.

En realidad, estas crisis tienen un fondo común: la ingenuidad con que habíamos calculado el progreso, como si fuese un cohete autopropulsado que cada vez iba a encontrar menos obstáculos en el espacio que surca. Y hemos caído tras esos años de superficial triunfalismo, en un incomprensible —incomprensible para nuestra triunfalista ingenuidad— frenazo, que nos hace ver no ser oro todo lo que relucía hasta ahora.

Lo religioso sigue siendo, sin embargo, un mundo tan espectacular para el español, que concita siempre un inte-

rés —por activa o por pasiva— en todos los que siguen sus caminos tradicionales, o bien se separan de ellos parcial o totalmente, porque a veces quienes más se apartan más se preocupan por el tema. Parecía que anteayer iba a brotar una nueva primavera religiosa tras el Concilio; y ayer, y casi hoy, vemos, en cambio, un panorama desolador de unas tradiciones religiosas que se esfuman y un desentenderse la juventud de ellas.

La "muerte de Dios", pregonada hace un siglo por Nietzsche, fue proclamada hasta por los teólogos cristianos de Occidente, y todavía perdura el relente de sus ventoleras en la teología progresista actual, que no acaba de encontrar su sitio, y va dando manotazos —como toda teología eclesial o eclesidística—, de modo que siempre llega a destiempo y no acierta a dar en el clavo del porvenir.

Sin embargo, allá en Oriente el Islam rebrota, y entre nosotros son los pensadores agnósticos o los apartados personalmente de toda creencia quienes —como los nuevos filósofos franceses o como nuestros pensadores nihilistas en España— proclaman una nueva época en la que el monoteísmo tendrá un papel positivo importante o, al menos, el extraño sentimiento a-racional de lo religioso vuelve a concitar la atención creciente de tales intuitivos pensadores, dentro y fuera de nuestras fronteras.

Cualquier espectador imparcial que tuviese un anhelo radicalmente racional se quedaría perplejo ante este fenómeno incipiente. ¿Por qué —se pregunta— farragosos y extensos libros que tratan espectacularmente de este fenómeno de lo sagrado son leídos edición tras edición por amplias minorías, cuando los creyentes aquilatados y racionales no les dedicamos apenas atención? ¿Por qué brotan como hongos los partidarios del zen, del yoga, del control mental, de la ciencia-ficción, o de Krishna, de Moon y de David? Es más: ¿por qué el progresismo está desconcertado dentro del catolicismo? Y, ¿por qué levantan nuevamente su voz los ultra-conservadores religiosos ayudados por la tolerancia de las actuales altas autoridades vaticanas, se llamen aquellos seguidores

del pentecostalismo o de monseñor Marcel Lefèbvre o del Abbé George de Nantes?

No escudriñamos con cuidado los "signos de los tiempos", y nos dejamos llevar por la corriente superficial, sin saber dirigir nuestra mirada más profundamente.

¿Qué ocurre, entonces? ¿Es que la razón sola no sirve y que el mito es símbolo profundo de algo que lleva en la entraña misma el ser humano? ¿Tendrá razón el olvidado Jung cuando encontraba siempre entre sus pacientes neuróticos de Occidente una carencia religiosa que les desequilibraba y producía en ellos una enfermiza insatisfacción?

La verdad es que los hechos son los hechos, y nuestras explicaciones críticas de ayer están resultando demasiado simplistas. Del mismo modo que el anhelo puramente racionalista deja también insatisfechos a muchos creyentes que tuvieron como ideal universal construir —a través del cristianismo— una religión de la razón, como la que pretendió Locke o el propio Kant.

Penso que, en medio de esta confusión, se impone hacer cuanto antes claridad y no caer ni en un intimismo evasivista de todo compromiso con el mundo, ni en una ingenua extraversión religiosa que sólo resulta un vestido engañoso y, a veces, una camisa de fuerza que nos atenaza y no nos deja ser hombres (si se trata de la vertiente conservadora), o que nos deja sin una dinámica interior que nos mueva por nosotros mismos (en la versión progresista puramente exterior).

El hombre —como descubrió Hegel— es interior y exterior, y ninguna de las dos facetas puede ser separada de la otra, convirtiéndola parcialmente en centro de la vida. En lo religioso pasa igual: el hombre es razón, emoción, sensibilidad, deseos, acción, y lo mismo cuerpo que espíritu. Por eso reducir la religión a uno solo de estos factores es meta imposible, que lleva al fracaso y que vuelve a resurgir cuando más relegada y olvidada parecía. Y esto está pasando ahora en España; y la única pregunta que podemos dirigirnos es: ¿a qué tipo de religión llevará esta crisis? ■